

Cuadernillo de Poesía Colombiana

No. 84

DIEGO URIBE

EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

1867 - 1921

Ediciones de Universidad Pontificia Bolivariana

DIEGO URIBE

Por Antonio Gómez Restrepo

Fue Diego Uribe un insigne poeta por la delicadeza e intensidad del sentimiento, que no se exhaló en quejas vagas, sino que hallaba bellas formas imaginativas para encarnarse y musicales ritmos para expresarse. Siguió siempre las naturales tendencias de su ingenio y los dictados de su corazón, sin querer forzar su naturaleza ni torcer su inspiración por seguir la moda o el ejemplo de maestros lisonjeados por la popularidad. Cultivó la poesía como un sacerdocio, que le imponía graves e ineludibles obligaciones, entre otras, la de ser sincero y no traicionar nunca la pureza de su vocación ni la integridad de sus ideales. Si a la hora de la muerte hubiera tenido que hacer examen de conciencia literaria, no hubiera tenido que avergonzarse ante Dios de ninguna de sus inspiraciones poéticas, ni borrar una línea como quien oculta una llaga moral o una triste deformidad física. Su poesía fue siempre pura, melancólica pero ungida con el óleo del espiritualismo cristiano. Como hombre pudo tener sus luchas, sus vacilaciones, las flaquezas inherentes al linaje de Adán; pero no pretendió elevar nada de esto a la región del arte ni convertirlo en materia poética. Depuró sus sentimientos, para no expresar en forma artística sino aquello que por su naturaleza ideal, era digno del lenguaje divino de las musas.

Era Diego Uribe un verdadero enamorado de la poesía. Aun en las épocas en que sufrió más rudos golpes en sus negocios y tuvo que luchar a brazo partido con la suerte adversa, entregándose a ocupaciones enteramente ajenas a su índole y sus gustos, su corazón permaneció fiel al culto de toda su vida y la poesía tuvo en él hasta el último instante, un entusiasta sacerdote. No podía tolerar que se hablara de ella con frívolo desdén, como suelen hacerlo ciertos espíritus secos y positivos que miran al poeta como la ociosa cigarra en medio de un pueblo de laboriosas hormigas. Como protesta contra esta tendencia negadora de todo

ideal y que reduce la vida a la satisfacción de las necesidades de la materia, escribió Uribe aquella linda poesía, de tan noble simbolismo, digna de Sully Prudhomme y que lleva por título *En el barbecho*. En esa que pudiera calificarse de fábula lírica, el poeta pone en contraste al buey de labor que se inclina fatigado bajo el yugo y a la ave-cilla que con su canto al parecer inútil alivia el cansancio del paciente animal y alegra a la naturaleza. Después de pintar la suspensión en que ésta queda con el himno de aliento y de júbilo del ave cantora, termina el poeta:

¿Qué era lo que endulzaba del trabajo
la inexorable ley?
Era la voz del ave, que trinaba
sobre el asta del buey.

En sus últimos años, Uribe encargado de la dirección de una revista literaria, enriquecía sus columnas con estrofas sueltas de pocos versos, que eran a manera de suspiros exhalados de su alma o como chispas luminosas escapadas de su cerebro. No todas estas breves inspiraciones tienen igual valor poético, pero algunas son de gran belleza; y en conjunto bien merecen el nombre de *Cocuyos* con que las bautizó el poeta, pues brillan como un enjambre de esos insectos fosforescentes que en nuestras tierras cálidas bordan el manto de la noche y que con sus luces intermitentes y fugaces simbolizan muy bien lo efímero de la existencia terrena en contraposición con el brillo milenario y perenne de las estrellas.

RECUERDOS

La ví, vibró mi ser, había encontrado,
el alma la mitad, por quien suspira,
el corazón, su culto ambicionado,
e inagotable inspiración mi lira.

La amé cuando era niño todavía,
y el amor que mi pecho le ofrendaba,
fulgor de aurora y juventud tenía.
La amé con el amor que nunca acaba.

Oh ven conmigo, amor de mis amores,
y una sola serán nuestras dos almas,
en el camino encontraremos flores,
en el desierto encontraremos palmas.

Ven, la dije, y entremos, alma mía,
de la existencia por la senda oscura;
yo seré tu sostén y tú mi guía,
repartamos la miel y la amargura.

Ven; contigo, ¡qué diáfana la vía!
¡Qué importa que sea larga la jornada,
qué la lucha sin tregua, si eres mía,
qué la sombra, si tengo tu mirada...!

Y vino, ¡cuán felices nos sentimos,
cuando ella, coronada de azahares,
entró conmigo al templo, y recibimos
la bendición de Dios en los altares!

Y fue mi hogar tranquilo, santo y puro,
fresco oasis en medio del desierto,
asilo contra el mal, noble y seguro,
contra las recias tempestades, puerto.

Mas yo ignoraba que un arpón la suerte
tenía guardado para el pecho mío,
y en hora aciaga desató la muerte
su sople helado, misterioso, impío.

Y hoy en la noche del dolor me pierdo,
abrojos hallo do mi pie camina,
dondequiera que miro, hallo un recuerdo,
dondequiera que piso, hallo una espina.

Y solo con su llanto el alma mía,
el hondo abismo de su pena mide,
páreceme que escucho cada día
su voz que me acaricia y se despide.

DE REGRESO

I

¡Qué crepúsculo aquél! Vago cambiante,
aún lo recuerda con placer el alma;
¡cómo brillaba el sol agonizante,
sobre las hojas de la altiva palma!

Y sobre el grueso tronco del banano,
sobre las verdes y tupidas hiedras,
y sobre el vasto y anchuroso llano,
sembrado a trechos de negruzcas piedras.

¡Cuál brillaba el arroyo murmurante
que se arrastraba, perezoso y lento,
cómo brillaba el arenal distante,
cómo silbaba en la floresta el viento!

¡Cuál cruzaban las nubes de topacio
que el sol poniente con su lumbre baña,
qué grandeza reinaba en el espacio,
qué majestad reinaba en la montaña!

Ella andaba a mi lado lentamente,
ante esos horizontes tan hermosos,
por la arenosa playa de la fuente,
y a la sombra de verdes pomarrosos.

Y andábamos, mirando en lontananza
el porvenir poblado de ilusiones;
radiantes nuestras almas de esperanza,
inundados de amor los corazones.

Cuando la luz del sol ya se apagaba,
mis ojos se encontraban con los suyos,
al vago resplandor que nos prestaba
la fosfórica luz de los cocuyos.

Y era feliz, mas pronto me obligaba
el destino a dejar esos lugares,
a decir un adiós a la que amaba,
y a esos rayos de sol crepusculares.

Llegó el momento al fin y acongojado,
adiós le dije, y me alejé, sombrío,
y sentí al separarme de su lado
como el vértigo helado del vacío.

Me esperaba el bridón en la enramada
hiriendo el suelo con su duro casco;
como ansioso de hallarse en la jornada,
coronando peñasco tras peñasco.

Monté llevando el corazón de luto,
y siguiendo la ley de mi destino,
clavé la espuela en el hijar del bruto,
y lo lancé al galope en el camino.

II

Sobre un alto peñón, en la montaña,
torné a mirar, entre el bosque umbrío,
y dije al ver su rústica cabaña,
con su arboleda, con su manso río:

Dejad naranjos que le dé su sombra
vuestro ramaje perfumado y verde;
dále, llanura, tu mullida alfombra,
y decidle al pasar, que me recuerde.

Y tú, oh río, que para ella, pura
tranquila fuente tu raudal se vuelva;
que pase murmurando en la llanura,
después de rebramar entre la selva.

Aunque en la selva oscura, enmarañada,
tú, águila, luches contra el roble y venzas,
tórnate brisa suave y perfumada
que arrulle y meza sus doradas trenzas.

Descendí triste del peñón hirsuto
y siguiendo la ley de mi destino
clavé la espuela en el hijar del bruto,
y me perdí en el áspero camino.

Y después no ví más los platanales,
ni los bejuco del bosque umbrío,
y dejaba a lo lejos los juncales,
la selva, el monte, la llanura, el río.

Adiós dije a la ceiba gigantea
y a la altanera, cimbradora palma,
adiós le dije a la escondida aldea,
donde dejaba la mitad del alma.

MAS RECUERDOS

Vuelvo a sentir, como la vez primera
cada hora con mi amada transcurrida,
que siempre es luminosa y duradera
la huella que el amor deja en la vida.

Ya es el rayo de sol de una mañana,
que rasga el seno de la parda nube,
se oye el lejano son de una campana,
y la neblina evaporada, sube.

Bosques, llanos y céfiros y flores
al sol naciente su canción levantan.
Pasa riendo el amor de mis amores,
mis niños gritan y las aves cantan.

Al templo se dirige reverente,
Y en un beso de amor su alma me deja.
Yo bendigo al Señor omnipotente
y extático la miro, ya se aleja...

Ya es de noche, retumbar se escucha
el trueno, el aire los cristales mueve,
afuera el rayo con la sombra lucha,
el viento agita la arboleda; llueve.

Se escucha afuera descender la lluvia;
ella se acerca a mí, sobrecogida
de hondo terror, y su cabeza rubia
posando en mi hombro, se quedó dormida.

De los dolores del acerbo llanto,
ni una ráfaga llega a estremecerme.
¡Cuánto bendigo la existencia, cuánto
y cómo sueño mientras ella duerme!...

O ya luciendo campesino traje
sube conmigo al coche, que la espera;
yo estimo la yegua, y el carruaje
se pierde en la polvosa carretera.

¡Oh de la tarde el resplandor escaso,
que se refleja en la campiña verde!
¡Oh las variadas tintas del ocaso
y ese horizonte que la noche pierde!...

LA ETERNA CANCIÓN

(De Madame Edmond Rostand)

Cuando yo envejezca, cuando tú envejezcas
y mis rizos blondos se truequen en canas,
en mayo, en el huerto, del sol la caricia
nuestras manos trémulas buscarán con ansia.
Como hará el retoño de la primavera
que el himno entonemos de las esperanzas,
nuestros corazones sentirán el fuego
de las florecidas épocas pasadas;
y yo, con los ojos en los tuyos fijos,
te daré, la frente sobre tí inclinada,
todos mis amores en una sonrisa,
todas mis ternuras en una mirada.
Y así formaremos, en rústico banco,
de dos viejecitos pareja adorada,
cuando yo envejezca, cuando tú envejezcas
y mis rizos blondos se truequen en canas.

En el banco amigo, verdoso de musgo,
donde conversáramos en otras mañanas,
sentiremos dulce placer inefable,
diremos la frase que en ósculo acaba,
y recordaremos las veces que *te amo*,
latiendo en los labios, te dijo mi alma.
Y recordaremos mil cosas pequeñas
que harán que lancemos una carcajada.
Y el rayo rosado de dulce caricia
tejerá sus hilos sobre nuestras canas,
cuando en nuestro banco verdoso de musgo,
los dos conversemos como otras mañanas.

Y como he de amarte más cada momento,
hoy más que ayer, menos, menos que mañana,
y con un afecto sereno y tranquilo,
¿qué importa que pliegue de arrugas la cara?
Sentiré que una ola de dulces recuerdos
poblará mi mente con cada alborada,
recuerdos que a un tiempo son tuyos y míos
que irán acercando aun más nuestras almas,
y que irán tejiendo misteriosas redes
cuyos tenues hilos nos unen y enlazan.
Y aunque ya estaremos débiles y viejos
estrecharé siempre tu mano con ansia,
porque he de quererte más cada momento:
hoy más que ayer... menos, menos que mañana.

Y quiero que todo este amor-ensueño
mi corazón guarde, como urna sagrada;
retener aquellas impresiones breves
para, lentamente, luego saborearlas.
Y como un avaro, lo que de él me venga
iré atesorando, y así en el mañana
con el oro todo de mi amor primero
me sentiré rica, con riqueza rara;
me dirá el recuerdo la dulzura inmensa
de tiempos que fueron y dichas que pasan,
y así habré logrado que este amor-ensueño
mi corazón guarde como urna sagrada.

Cuando tú envejecas, cuando yo envejezca
y mis rizos blancos se truequen en canas,
en mayo, en el huerto, del sol la caricia,
nuestras manos trémulas buscarán con ansia.
Como hará el retoño de la primavera
que el himno entonemos de las añoranzas,
nuestros corazones sentirán el fuego
de las florecidas épocas pasadas.
Y feliz oyendo sus frases amantes,
te daré, la frente sobre tí inclinada,
todos mis amores en una sonrisa,
todas mis ternuras en una mirada...
Cuando tú envejecas, cuando yo envejezca
y mis rizos blancos se truequen en canas...

¿POR QUE?

Flores de mi jardín, fuentes y nieblas,
brisas, perfumes que en el aire vagan,
astros que titiláis en las tinieblas,
tibia luz de las tardes que se apagan.

Arboles que crecéis en la espesura,
en medio de peñones y de abismos;
testigos de mis horas de ventura,
¿por qué me hacéis llorar, si sois los mismos?

¡Ay! todo, todo me lastima y hiere,
todo lo miro tenebroso y yerto,
porque en mi alma se entona un miserere,
y están doblando a muerto.

¿ C I E G O ?

I

Sentado en una loma, al pie de una barranca,
con su guitarra amiga a solas canta un ciego,
y notas tristes, lánguidas, al instrumento arranca,
con la tristeza mística del solitario ruego.

Lo envuelven resplandores de sol, crepusculares,
los vientos de la tarde su cabellera azotan,
y al par que en el espacio se pierden sus cantares,
gotas de amargo llanto de sus pupilas brotan.

El sol bañó en sus rayos de resplandores rojos
el fruto de esos párpados, inmóviles y muertos,
y yo enjugué una lágrima al ver aquellos ojos,
para el placer dormidos, para el dolor despiertos.

Para él no hay sol radiante ni noches estrelladas,
ni amarillenta luna que surque el firmamento;
para él no hay cariñosas sonrisas ni miradas,
ni pájaros errantes que crucen por el viento.

Para él no hay más que sombra. Para él nada fulgura:
es justo que se aflija y en su aflicción implore,
y que cuando alce un canto desde su noche oscura,
arranque notas tristes a su guitarra, y llore.

II

Pero también la sombra cruzan radiantes huellas;
en negros nubarrones el rayo centellea,
en las oscuras noches fulguran las estrellas,
y surge entre la sombra más diáfana la idea.

Si más que luz da sombra la claridad del día,
y el mundo de la forma la humanidad ofusca,
¿el ciego ve el impulso divino que lo guía,
y claros los misterios que en vano el hombre busca?

¿Verá en su fondo mismo de Dios la impotencia?
¿Traspasará los lindes del misterioso arcano,
y con los ojos fijos por siempre en su conciencia
conocerá el abismo del corazón humano?

Entonces que no llore, que cante, que sonría,
más lumbre habrá en sus ojos y en su interior más calma;
que no abra la pupila, porque la luz del día
puede lanzar tinieblas sobre la luz de su alma.

LA CASA DESIERTA

¡La casa sola está! La antigua puerta
al dejarme pasar lanza un quejido,
y el eco que a mi paso se despierta,
parece que me dice: ¡ya se han ido!

¡Triste la casa está! Tétrica y muda,
reina la soledad por donde quiera,
todo me reconoce y me saluda,
todo está como entonces, todo espera.

Las mismas ramas que sacude el viento,
la misma fuente que se arrastra en calma,
todo impasible, menos yo, que siento
que fibra a fibra se me rompe el alma.

¡Ay para aquél a quien la pena hiera,
qué horrible verse en el hogar vacío,
y hallar do el nido de sus dichas fuera,
silencio y soledad, tristeza y frío!

Atropellarse los recuerdos miro,
éste viene hacia mí y aquél me llama,
y cada cual el último suspiro
y la postrera lágrima reclama.

En alas de la brisa gemidora
vaga en el aire y llega hasta mi oído,
un eco profundísimo que llora
las dichas de un ayer desvanecido.

¡Cuántas sombras que pasan y suspiran
y el tibio ambiente del hogar reclaman,
cuántos ojos sin lumbre que me miran,
cuántas voces, sin eco, que me llaman!

¡Cuánto adiós que unos labios pronunciaron
con voz ya moribunda y apagada,
cuántos seres queridos que escucharon
el toque misterioso de llamada...!

Mas no serán eternos los gemidos,
que no es eterno del dolor el bloque:
porque tarde o temprano, a mis oídos,
ha de llegar el misterioso toque.

¡Enjuguémos el llanto en las pupilas,
sacudamos los hielos y la escarcha,
cerremos nuevamente nuestras filas,
y prosigamos la infinita marcha!

Veladas de mi hogar, horas tranquilas,
rayos de sol entre mi noche oscura,
voz de su pecho, luz de sus pupilas,
venid, acompañadme en mi amargura.

¡Oh, mi memoria, con amor te llevo
por ti las horas del ayer se evocan,
y tú nos haces saborear de nuevo
las migajas de dicha que nos tocan!...

Lágrimas que brotáis del fondo herido
del corazón como la hiel amargas,
humedeced mi solitario nido
en mis noches tan negras y tan largas.

¡No os agotéis, venid, os necesito!
Venid que está rugiendo la tormenta
y si no viene el llanto surge el grito,
y si no llora el corazón, revienta.

VAN CANTANDO POR LA SIERRA

Van cantando por la sierra
con honda melancolía,
unos cantos de mi tierra
cuando va muriendo el día.

Tiñe el azul horizonte
una luminosa franja,
que da a los llanos y al monte
suave color de naranja.

Canta el ave enamorada
en el follaje sombrío,
y murmura en la hondonada
su extraño lenguaje, el río.

Se escucha el suave conuento
de hojarascas y bejucos,
mientras se lleva el viento
el eco de mis bambucos.

EL TEMPLO ARRUINADO

Repite mis pasos, sonoros y lentos,
del templo arruinado la nave sombría
y místicas notas o tristes lamentos,
al dar en las grietas, remedan los vientos,
los vientos que soplan de la serranía.

Doquiera del tiempo los ímpetus rudos
se ven en las torres de tosco granito,
la araña su tela tejió en los escudos,
y dentro revuelan murciélagos mudos
y da la lechuza su tétrico grito...

¡Ay! todos llevamos un templo arruinado
allá en lo profundo del alma escondido,
que guarda las sombras que envuelve el pasado;
a veces abierto y a veces cerrado
con llaves que sólo conoce el olvido.

Un templo que abren con mano inclemente,
las fechas aciagas, las lánguidas notas,
los suaves perfumes, la queja doliente,
los vagos paisajes que llevan la mente
a las solitarias regiones ignotas.

Un templo que abren las tardes sombrías,
los grises celajes de un cielo de invierno,
las noches calladas, oscuras y frías,
y entonces cual buhos las melancolías,
revuelan y lanzan su gemido eterno.

Así cuando en medio del goce mundano
el rostro se nubla, de sombra cubierto,
y el llanto los ojos contienen en vano,
¡ay, es que al impulso de incógnita mano
crujieron las puertas y el templo está abierto!